

Goy P/1193

MARTES 26 DE AGOSTO DE 1958

LA VANGUARDIA ESPAÑOLA

ECOS DE LA VIDA

UN POETA

José Agustín Goytisolo: he aquí un poeta raro, tal y como le hallamos en su reciente libro «SALMOS AL VIENTO», laureado con el «Premio Boscán de Poesía», de 1957. Raro, pero no en el sentido de «rareza» que emplea Rubén Darío, en inolvidable serie de artículos y ensayos breves, donde se perfilan, con extraordinaria precisión de trazo, muchos escritores de moda en el fin del siglo; raros, no sólo por las características de su Literatura, sino por su temperamento singular y tipo de vida: hombres extravagantes a lo Villiers de L'Isle Adam, por ejemplo. No es ese el caso realmente, de José Agustín Goytisolo, entre otras razones, porque la literatura de hoy ha cambiado radicalmente de acento y los poetas giran en la misma órbita de los otros seres humanos. Incluso cabría decir que se han aburguesado con exceso. Pero esta es otra cuestión...

La rareza que advertimos en José Agustín Goytisolo afecta únicamente a su poesía, y cuanto se relaciona con su vida de hombre que vive como otro cualquiera, sólo que nació poeta, se transparenta o se expresa en una de las composiciones de «SALMOS AL VIENTO»: la titulada «AUTOBIOGRAFÍA», que empieza así:

*«Cuando yo era pequeño,
 estaba siempre triste
 y mi padre decía,
 mirándome y moviendo
 la cabeza: Hijo mío,
 no sirves para nada»...*

La ironía del poeta que habla de sí mismo, sabiendo que es poeta, resulta patente, y constituye una característica de su personal poética, vetada, sí, de ironía: una extrema ironía que llega al sarcasmo. El poeta sirve para algo: nada menos que para serlo, en lo que estriba, sin duda, un privilegio de la inteligencia y de la sensibilidad, pero no ciertamente una extravagancia.

El poeta de esa «Autobiografía» fué al colegio, vió la guerra y con ella la muerte. Le pusieron un día de pantalón largo; estudió Derecho; se casó, tiene una niña... Dondequiera, y en cualquier sazón, escuchó siempre la misma cantinela: «—No sirves para nada». Pero esa tristeza que le acompañaba desde que nació, como perro fiel, sólo ahora, al verse padre, es capaz de ahuyentar. Tristeza y alegría se conjugan en la actitud irónica ante la vida y ante —o dentro— de uno mismo, en posición abierta a la crítica del mundo circundante, por un lado, y a la introspección, por otro, autocrítica a su manera. De ahí la rareza de José Agustín Goytisolo que al ironizar, criticar, satirizar, dilata el campo de la poesía actual, labrando una parcela en la que no suelen reparar los poetas de hoy, ni siquiera los preocupados por «lo social».

La extraña vena de sátira lírica o de lirismo satírico, que caracteriza la poesía de José Agustín Goytisolo aflora en versos muy al gusto de hoy, en cuanto a ritmo, medida y vocabulario, pero de muy otro contenido: eso sí, con riesgo de caer en prosaísmos, no siempre evitados: más aún, en multitud de ocasiones buscados adrede, desviándose con clara intención del camino poético iniciado, por ejemplo, en este poema:

*«—Mirad a los amantes, vedlos
 en la apacible umbría del jardín
 entre el susurro, como un vuelo de plumas
 genebundas, entre el ir y el venir
 de nobles pensamientos;
 se palpa la presencia del amor,
 de su severo y principal mandato»...*

Siguiendo, a lo largo de las estrofas de este poema, «ADILIO Y MARCHA NUPCIAL», el camino abierto por el poeta, no tardamos en llegar al cruce de caminos —mérito y demérito— de la inspiración de José Agustín Goytisolo:

*«El camino del hombre está marcado,
 por leyes sempiternas y, además,
 la autoridad ha establecido claras normas
 para estos menesteres. Los amantes
 deben acomodarse al juicio exacto,
 a la moral «more geométrico demonstrata»...*

Convengamos en que no hay motivo para prescindir, formalmente, de la prosa, si lo que se propone decir el poeta es eso que dejamos transcrito, tan razonado y tan razonable, muy poco propicio a dejarse envolver por el halo de que la poesía dota a todas las cosas, siempre que den un cierto mínimum de facilidades. Y, ya en el final de la composición, volvemos al tema, perennemente poético, de los amantes: «dulces amantes» que seguirán «amándose sin término». No obstante esta observación —más de lector que de crítico—, José Agustín Goytisolo halla sus mayores aciertos en la estilización irónica y satírica de toda suerte de temas. Algunos de ellos no pasarían de un cuadro de costumbres más o menos caricaturizado. Pero gracias al «no sé qué» de la poesía, transfigura la materia prosaica, y la erige en poema como «Las Visitas», de quevedesco escorzo. No se olvide la técnica, si vale decirlo así, de aquellos espejos cóncavos o convexos de la madrileña calle del Gato que Valle-Inclán aplicó a sus «Esperpentos». A esa luz se explica no pequeña parte de la poesía de José Agustín Goytisolo, sin que tal influencia, vaga e incierta, se haga perceptible no más que en la deformación de la realidad, mediante un instrumento verbal muy suyo. Pero bajo los datos allegados por la observación —los relojes parados, la solemnidad del duelo, las flores y los telegramas, los ponches y el café— fluye algo patético, determinado por el contraste de los pormenores grotescos y la emoción total y superior de la muerte.

Junto a la especie de cuadros de costumbres antes aludida y a sátiras en su más propio sentido descubrimos la presencia de tipos y caracteres en cuya interpretación logra el autor estimables efectos psicológicos, mediante apropiadas metáforas en «El señalado», «El Profeta», «El Hijo Prodigio» y, sobre todo, «Vida del Justo» y «La mujer fuerte». Pese a las títulos y a los respectivos lemas, extraídos de las Sagradas Escrituras, la sugestión bíblica queda muy lejos. Pero sí nos llega, desde luego, el hábito de la fe y la moral.

*«Aguarda sin fatiga, tan grande es la impaciencia,
 a que el reloj se incline y sea la hora
 en que se cumplen todos los deseos:
 Esa hora dilatada, que envolviendo el amor
 de tu recinto, lo eleva, lo difunde,
 y hace que en la nocturna ciudad brille la casa
 como una flor de fuego, como un grito,
 como una estrella salvadora».*

José Agustín Goytisolo sabe «que detrás de los ojos queda un espacio negro donde los sueños reinan». Confiemos en sus avances, a través de ese mundo, misterioso y soñado, donde logrará su voz más amplias resonancias

M. FERNÁNDEZ ALMAGRO
 de la Real Academia Española